

MODOS DE LECTURA

ÓSCAR BROX

LA MANO DE LA BUENA FORTUNA, DE GORAN PETROVIC (SEXTO PISO)

encuentra ahí dentro es una orgía de descripciones y lugares, vacía de cualquier trama, pero con una particularidad especial: leerla supone acabar en el interior del libro, en un tiempo sin tiempo, entre un puñado de lectores que han hecho de esas páginas su espacio vital. Una vida escrita.

La vida de Anastas S. Branica sucede como ese acelerado arranque del Siglo XX en Europa. Entre guerra y guerra, un padre muerto, un padre postizo y una madre castigada por la pena, Anastas encuentra en la lectura una rara habilidad; la capacidad para amplificar algo que va más allá de la percepción: un mundo, un lugar, todos los matices, tiempo, vida y rostros que se hallan en cada palabra escrita. Un modo de lectura. Y es en esa lectura, en esas palabras, donde late todo lo que importa: un amor. Se podría decir que *La mano de la buena fortuna* es una historia de dos amores: el amor por la escritura y, sobre todo, el amor por la lectura. A medida que conocemos la historia de Branica y de esa constelación de personajes que pululan a su al-

rededor, más profundizamos en su obsesión por cada matiz, detalle, gesto o imagen capaz de replicar en ese mundo de papel lo que en el otro mundo, el real, no encuentra su sitio.

Entre Branica y Lozanic, la novela nos sumerge en un complicado entramado de descripciones y lugares que, más que imitar a la vida, son la vida misma. Qué bello, por tanto, cuando leemos ese compás de espera entre líneas y párrafos; qué ingenio cada vez que Petrovic imagina una lectura común e interconectada en una época, la nuestra, en la que Internet ha allanado todas esas dificultades para ofrecerlas como una experiencia cotidiana. La cuestión radica en cómo pone el acento sobre cada palabra, sobre cada descripción, jugando infinitamente con los resortes de la escritura como si se tratara de un organismo vivo al que vemos respirar en cada página.

La mano de la buena fortuna emerge como una reflexión sobre la lectura, pero a medida que avanza en personajes y pequeñas historias, cuando conocemos a

la ama de llaves Zlatan o a Pokimica, emerge esa otra parte de la Historia, aquí con mayúscula. La de una Serbia herida en sus numerosos conflictos, perseguida y acechada por ideologías y regímenes, capaz incluso de instrumentalizar algo tan aparentemente inocente como la lectura. O, mejor dicho, la manera de leer. Una Serbia herida, también melancólica, cuyos personajes andan y desandan las múltiples descripciones, hacen y deshacen según los pocos recuerdos que habitan en sus memorias, y huyen o se esconden en esos instantes de extraña alegría que les provocó la lectura. La metaliteratura como razón de ser.

Ahora que Petrovic ha muerto, el título de ese libro imaginado de Anastas S. Branica le podría venir como anillo al dedo para su epitafio: *Mi legado*. Volver a las páginas de esta novela es lo más cercano a la felicidad lectora. Su capacidad de sorpresa va pareja a su extraordinaria habilidad para la literatura, para fundir vida, obra y reflexión sobre ambos asuntos con la precisión de un maestro y la sencillez con la que podríamos invitar a cualquier a somarse al interior de un libro. Porque de eso, en definitiva, va la cosa: ver qué es lo que late dentro de las páginas, entre líneas y párrafos, en cada palabra forjada para transportarnos a otro mundo y, en fin, a otra vida por vivir.

EL LIBRO DE LOS SENTIMIENTOS OLVIDADOS

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

ESCRIBE SI VENDRÁS. CORRESPONDENCIA (1967-1978), DE WISLAWA SZYMBORSKA, KORNEL FILIPOWICZ (LAS AFUERAS)

cuando el Este era algo más que una referencia geográfica. Se escribían cuando estaban enfermos y no podían verse (la mayor parte de la correspondencia es de cuando ella estuvo ingresada en un sanatorio para tuberculosos), o cuando él se iba a pescar o ella a pasar unos días fuera. Por eso, a veces transcurre un año y solo hay una postal. Otras veces, tropiezan unas con las otras. Entonces, si no ocurre nada excepcional y vivían unas vidas como podían ser las nuestras, con sus miserias y grandezas, sí, encontrándose con gente importante, pero sin el glamour de la intelectualidad francesa, sin jugosos chismorreos y sin que nada vaya a alterar nuestro conocimiento de las cosas, por qué es un libro de correspondencia maravilloso... Pues por el mismo motivo que el libro de sueños más fantástico que he leído es *Noches sin noche* y algunos días sin día, de Michel Leiris, que soñaba cosas muy normales, como las cosas normales que soñamos nosotros. Porque lo fantástico, lo maravi-

lloso, es ser, y encontrar aquello que nos conmueve, que nos agita, en las cosas más pequeñas. Y un día de 1976, desde Zakopane, Szymborska escribe una carta para el gatito Rayas, y entonces el mundo se tambalea, se agita como mecido por el viento. En *El peral salvaje*, de Nure Bilge Ceylan, hay un momento en el que él y ella están bajo los árboles. La luz entra entre las ramas, el viento agita esas ramas, ellos se besan durante un breve instante. Ha pasado el momento de una de esas postales, y sin embargo, su vida y la nuestra han entrado en otro plano, en un mundo paralelo y compartido. Esperamos. Igual que esperamos esa correspondencia (durante muchos años, escribí cartas que nunca nadie respondió), esperamos que ocurra ese instante en el que algo nos conmoverá, moverá esa cuerda tendida que une nuestro interior y sobre el que caminamos en precario equilibrio. Esa agitación que encontramos al leer *Escribe si vendrás*. Es bello porque la belleza no está buscada en ningún

momento, sino que se da, porque la ternura no es una construcción, sino algo que discurre entre las líneas. Un par de veces, ella le escribe bromeando que le darán el Nobel a él. Otras se inventan personajes, se escriben sobre otros. Muchas, se echan de menos. Este es el libro de los sentimientos olvidados: echarse de menos, esperar postales, ver llover,... Calcular horarios, medir distancias, esperar llamadas de teléfono, hablar de lo cara que es la vida,... Escribir sobre lo que cansa escribir. Y escribir sobre lo difícil que es vivir escribiendo, pero sin lamentaciones, porque es inútil lamentarse de algo que es inevitable. Por su sangre corrían las palabras y por ningún lado el dinero, pero eso es así y ya está. Mejor hablar de gatos y de besos lanzados al futuro, más o menos inmediato. Hacer bromas sobre ese amor amenazado que no tenía nada que temer. En los diarios de Yasujiro Ozu, a veces un día era simplemente la constatación de que había hecho mal tiempo. Lluve. Y no podía haber escrito nada más justo ni más conmovedor. Así, estas cartas. Y ahora creo que no quiero escribir nada más. Coged este libro, perdeos en la magnífica edición, llena de imágenes de esas postales y cartas, de ese color de otro tiempo, pensad en que vivir era esto y que esto debe ser vivir. Abandonad prisas y pretensiones. Qué otra cosa debería ser leer...

FLORILEGIUM

FRANCISCA PAGEO

HERBARIO Y ANTOLOGÍA BOTÁNICA, DE EMILY DICKINSON (YA LO DIJO CASIMIRO PARKER)

Emily Dickinson no sólo hacía brotar poemas, también imágenes. Y es que, con bastante esmero y detalle, la poeta recolectó más de 400 flores y plantas que fue secando, prensando y catalogando en un herbario propio y de gran valor artístico y documental. Un herbario bellísimo y completo, cuyas páginas tenemos aquí desde el año 1839 al 1846, digno para todo aquel amante de la botánica y el arte, y, por qué no, de la poesía. Ya lo dijo Casimiro Parker ha sabido traérselo a España muy bien. Con una antología muy cuidada y específica de los poemas de la autora, elegidos y traducidos por Eva Gallud, tenemos un *florilegium* en el más puro sentido de la palabra.

La antología de poemas botánicos es lúcida, sencilla que no simple, y esclarecedora en cuanto a los intereses de Dickinson. La autora sabía sacar el máximo par-

tido de las palabras, uniéndolas y formando significados y metáforas naturales y bellos. Eva Gallud ha sabido traducir con gran ahínco la interpretación misma de Dickinson; incluso así, pareciera que en nuestro idioma las palabras tomasen otros matices, otros destellos y luces.

El propio herbario está compuesto de tal manera que se ve casi como un *collage* documental. Cada planta está clasificada con la escritura misma de la autora, lo que lo hace más personal, más particular y bello. Podemos reconocer plantas y flores, pero también podemos descubrir otras nuevas.

¿Pero cómo leer un herbario? ¿Podemos leerlo como si de poemas se tratasen? Creo que así sucede con este libro. Flores y plantas y palabras y poesía se entremezclan, se unen, se dan la mano para que podamos así ver

a Emily Dickinson y su obra en todo su esplendor. No es fácil hacer un libro así, no es fácil unir las pasiones de una autora y hacer que en realidad sean una. ¿Acaso podríamos hacerlo nosotros? Quizá, pero siempre con mucho trabajo, mucha pasión y mucho gusto por lo que estamos creando. Dickinson veía el mundo de una manera muy particular. Una manera bonita, pero también realista y natural. Está claro que se nota. Está claro que conocía muy bien el mundo botánico, que sabía ver las palabras allá donde los demás solo veían verde y color.

Este se convierte así en un libro fundamental para todo amante de la poesía y todo amante de las flores y plantas. No dudo en que este *florilegium* se convertirá en un clásico, y no sólo de la poesía, también de la botánica. Es de sentirse afortunada poseer y poder leer un libro así, pues nos hace conjurar la naturaleza, nos hace embellecer la mirada, nos hace sentir vivos y, al fin y al cabo, ese es todo destino de la poesía si sabemos que, a pesar de su ocultamiento, nos desvela lo que aún no supimos ver.

NIÑOS MÁS VIEJOS

FRANCISCA PAGEO

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, DE LEWIS CARROL (PENGUIN)



EL BRILLO ERÓTICO DEL LENGUAJE

ÓSCAR BROX

EL GARANTE, DE STANLEY ELKIN (LA FUGA EDICIONES)

En una conversación con William H. Gass y Jeffrey L. Duncan, Stanley Elkin aprovecha una pregunta a propósito de las diferencias existentes entre la recepción del público y la intención de un texto para apuntar una de las principales dificultades de su obra: qué entendemos realmente por literatura. La queja surge al recordar cómo una amiga le explicaba que había llorado de la risa, hasta casi romper aguas, al leer una escena de una de sus historias. Para Elkin, sin embargo, aquello tenía un par de líneas graciosas, de acuerdo, pero se trataba más bien de una escena de amor. La había escrito de esa manera y si alguna vez había tenido oportunidad de leerla en público, en fin, nadie hallaría otra intención que esa.

Que haya salido en las primeras líneas del texto el nombre de William Gass no es casualidad. En ese pequeño ensayo indispensable, *Sobre lo azul*, escribe sobre las posibilidades del lenguaje y la escritura, y alaba precisamente a Elkin por su capacidad para resaltar el brillo erótico de la metáfora. Bastan unas pocas páginas de *El garante* para reparar en ello. Aquí el autor de Magic Kingdom retrata a una criatura tan singular como Alexander Main, alias *El Fenicio*, agente de fianzas. ¿Qué explica la novela? Resulta tentador señalar que nada. Solo el monólogo torrencial de su protagonista, repartido entre escenarios como los del calabozo, los juzgados o la oficina. Palabras, metáforas, comparaciones, relaciones, anécdotas, adjetivos, frases que se pegan unas a otras, que nos remiten una y otra vez a la voz avasalladora de *El Fenicio*, pero que al mismo tiempo afirman la extraordi-

naria capacidad de Elkin para la pirueta infinita y el salto mortal.

Puede resultar agotador observar las numerosas y variadísimas formas que tiene Main para describir su oficio, su papel y su mundo; cómo Elkin es más que capaz de combinar lo erudito con lo chabacano, lo ramplón con lo elaborado, pergeñando líneas de texto tan absolutamente memorables como para distraernos con una novela que camina permanentemente por una cuerda floja. Se sostiene, prácticamente, con la voz genial de su protagonista. Y es aquí donde conviene volver a lo que decía Gass: a la habilidad de Elkin para sacarle brillo, para convertir casi en pornografía sus infinitos juegos con el lenguaje. Para convencernos de que, en efecto, hay unas cuantas graciets y salidas de tono en lo que escribe, pero lo que realmente importa es ese torbellino de formas, de variaciones, de propuestas con el que está escribiendo esa gracieta. *El Fenicio* es, más que nunca, una criatura hecha de palabras.

Con todo, uno de los gestos que más se repite en la novela es esa sensación de extrañamiento, casi de incomodidad, cada vez que Main aparece en escena. Nadie le entiende, todos se preguntan quién demonios es. Aquí uno podría pensar que este *Fenicio* es, en realidad, un avatar del propio Elkin y el texto una alucinante declara-

ción de principios literarios. Y no sería descabellado, porque a medida que avanza la historia encontramos a su protagonista progresivamente arrinconado, al borde del precipicio o en un callejón sin salida. Ese tramo final, absolutamente alucinado, en el que se lanza a la caza y captura de Crainpool, su mano derecha, podría leerse como un último cartucho antes de que quemem todas las naves. Repitémoslo: no sería descabellado. A este *Fenicio* le gustan tanto las palabras que, de tan distraído, no ha visto que se le acaba el tiempo. Elkin, que no fue precisamente un autor que gozase de una gran consideración, necesitaba llevar a cabo un gran artefacto. Un libro-bomba. De esos cuya onda expansiva deja al lector medio grogui un buen rato. O le obliga a volver unas cuantas páginas atrás para seguir disfrutando con su endiablada manera de jugar con el lenguaje.

Al leer *Poética para acosadores*, su colección de relatos, uno tiene la sensación de que Elkin era también habilidoso a la hora de hacer un comentario moral sin tener que pagar el peaje de tocar los mismos resortes morales, los mismos efectos moralistas. De hecho, se podría decir que alcanzaba su objetivo, precisamente, poniendo la suficiente distancia con todos esos defectos literarios... ni que fuera al precio de escribir historias incómodas, resbaladizas

en todo lo concerniente al plano emocional, de esas que se leen con una mezcla de mala leche y acritud. Y, en el fondo, en *El garante* sucede algo parecido: el descomunal monólogo de su protagonista, avasallador y mareante, es también una metáfora nada sencilla de una época, de unas estructuras sociales, al borde de la desintegración. La actitud lo dice todo: esa voracidad por el intercambio de dinero, esos personajes secundarios que van y vienen pero parecen siempre los mismos, porque realmente no importan a nadie, esa especie de abulia surcada de pequeñas miserias que tan bien retrata a una sociedad que no para quieta, que va de aquí para allá porque, simplemente, ya no sabe dónde se encuentra, qué está diciendo ni, mucho menos, en qué se ha convertido.

Stanley Elkin era un escritor extraordinario y *El garante* una auténtica pieza de orfebrería. Y lo que hace reír, y lo que se disfruta tanto de sus páginas, es la tremenda libertad con la que jugaba y presionaba todas las reglas del lenguaje. En lo erótico que resultaba su uso de la metáfora, sus salidas de tono, su culto al *argot*, el insulto, las palabras incómodas y la puntuación y el ritmo dignos de una improvisación *jazzística*. Y lo hermoso es que es un disfrute literario de principio a fin, tan libre como aquel cortometraje de Chuck Jones, *A Duck Amuck*, en el que reescribía una y otra vez las fronteras de la animación a través de su personaje. Aquí pasa lo mismo con *El Fenicio*, con su *speech* salvaje. Y lo único que se puede decir al leerlo es que nada mejor que eso representa las posibilidades de la literatura. El brillo del lenguaje.

ASÍ QUE

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

CHÉLJELON, DE MARCELO DONADELLO (FULGENCIO PIMENTEL)

Cualquier mínimo movimiento, un gesto, cualquier mínima palabra, un soplo de aire, la ausencia de ese soplo del aire, altera de alguna manera el curso del universo, y, como integrantes del universo, a nosotros mismos. Y no a nosotros mismos ahora, sino cuando ni tan siquiera somos ese nosotros mismos. Un proyecto, el sueño de no sé quién, la pesadilla de otro, nada, una promesa de futuro, nada, algo que sucederá, dentro de unos minutos, unos meses, un año, diez, cien, siglos. El aleteo de una mariposa. Mariposa, *chéljelon* en tehuelche. Un día estás ahí, con la Meche. Estáis a lo vuestro, un poco de amor físico, el nene con la Vane. Una inconveniencia y todo se fastidia. Encima, llaman a la puerta. El piso es bien pequeño. Abres. Es Dios, que viene tocando el saxofón. Ni siquiera tienes fe. Ella sí. Ella se tapa. Dios entra. Empieza unirse atrás y adelante en los años. Los relatos se conectan entre sí porque algo en ellos es parte de algo en otro y ese algo en otro, parte de uno más, y ese algo más, está en otro. Cada cosa que ocurre, ocurre porque algo ocurrió antes, cada uno que está, está porque alguien estuvo antes. Cuando lees tienes una sensación rara, como de sentirte importante. Ah, sí, yo también soy parte de esa maquinaria. Es decir, todo existe porque Marcelo Donadello lo escribió. Pero existe porque yo, aquí, lo estuve leyendo, lo leí. Entonces,

se moría un poeta en algún lado, una supernova estallaba en otro, escribe. También: qué herramienta insuficiente es la lengua, dice la vida, y que herramienta insuficiente es la escritura, dice la lengua. Entre tanta insuficiencia, el libro se sostendría solo sin necesidad de contar nada. Escritura por escritura. Es el primer libro de Marcelo Donadello, que en realidad es músico, y musicalidad es aquello que lo atraviesa. Una musiquilla, diría Louis Ferdinand Céline (cómo te gusta decirlo), un trabajo de armonías. Una composición. El universo se compone y se descompone y se vuelve a componer (hasta que un día esto ya no funciona, o no funciona con nosotros, nosotros como nosotros y nosotros como raza humana). Leí el libro una vez, y ahí había algo, tantas cosas, tantas cosas gustosas. Volví a leer el libro otra vez, y es aún más gustoso. En *Chéljelon* todo se agita, pensamiento, obra, lenguaje. Puede cruzar el cielo una Virgen de tergopol y, atrapada, cambiarle la vida a alguien. Puede. Aún no he escrito azar y tampoco destino, y no por falta de ganas. Se escapa una pelota y años después aquella niña es tu mujer, que prepara una pizza para ese Dios raro. Bueno, bueno. Podríamos seguir este juego hasta el infinito, pero mejor acabar. El libro termina con Así que... no sé. Casi que yo podría acabar igual esto... *Chéljelon* empieza en Ciudad equivocada, año cero. De-

cía: Merce, Ranquel y Dios. Son una sucesión de relatos, de historias y personajes. Los personajes las historias son como puntos en una noche. Estrellas. Esa era fácil. Como con esos puntos, con esas estrellas, trazamos imágenes, buscamos constelaciones, en esas imágenes encontramos formas, qué se yo, una osa polar, un carro, eso, qué se yo. En estos relatos, vamos adivinando formas, van cayendo otras, si releemos, estas no son las mismas, si volvemos a releer, otra vez cambia todo. El libro se agita, mientras seguimos más bien quietos, mecidos por el conjuro de las palabras. Rara vez sale un libro así. Es fácil que se fastidie por algún lado, pero no, no se fastidia. Podría haber seguido una eternidad, pero está bien que sea breve, como el aleteo de la mariposa (es que...). Que sean momentos, que los momentos sean fugaces, pero lejanos en el tiempo, o secuenciados. Es que la distancia del relato cambia, la distancia al punto cero. Sonríes, luego ya no tanto, pero ni las tragedias son tragedias. Ya sabemos que el ser humano está hecho para olvidar. Y es muy absurdo. Tanto. Dejémoslo. Cómo era. Cojo el libro en mis manos, busco la última página. Ah, sí, cierto. Así que... no sé.

ENLACES:

DETOURES

DIARIOS.DETOURES

CORREO:

REVISTADETOUR@GMAIL.COM

CUADERNOS DE NOTAS:

FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR

TWITTER/TDETOUR

INSTAGRAM/REVISTADETOUR

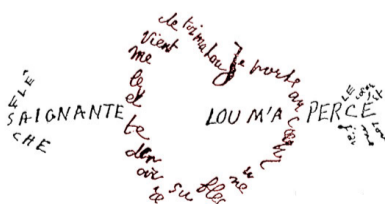
FACEBOOK/REVISTADETOUR

2 DE MARZO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL

EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS LECTURAS
POR DETOUR · CLUB.DETOURES

DRNDIC
ORNER
BERGMAN
CELINE
ARGÜELLES
AKERMAN

ESCRITOS ÍNTIMOS



literaturas

literatura en détour

LITERATURAS.DETOURES

QUIMERA, DE PERE JOAN MARTORELL (LEONARD MUNTANER) GM

FUCKING NEW YORK, HISTÒRIA DELS MEUS LÍMITS, DE LAURA CALÇADA (DESTINO) GM

CHÉLJELON, DE MARCELO DONADELLO (FULGENCIO PIMENTEL) JJG

LOS BÚLGAROS, DE GONZALO NÚÑEZ (SR. SCOTT LIBROS) GM

EL HOMBRE QUE RÍE, DE VICTOR HUGO (PRE-TEXTOS) JJG

URTAÍN. RETRATO DE UNA ÉPOCA, DE FELIPE DE LUIS MANERO (PEPITAS) JJG

OBS ÓSCAR BROX
JJG JUAN JIMÉNEZ GARCÍA
GM GEMA MONLLÉ
FPC FRANCISCA PAGEO

